

canso y carecian absolutamente de agua. Ni los hombres ni los caballos habian bebido en todo el dia. No habia por allí ni un rio, ni un arroyo.

Los ginetes que habian vuelto de perseguir á los contrarios, hicieron saber á Cortés, que á distancia de una legua se encontraba otro peñon con numerosa gente de guerra, á cuyo pié estaba situada una pequeña aldea. Le dijeron que por lo ameno de la campiña, creian que debia encontrarse agua en los alrededores del cerro fortificado. El general español dispuso la marcha hácia el peñon indicado, aunque «bastante triste; dice en su tercera carta, por no haber conseguido tomar la montaña que habian asaltado.»

El ejército llegó sediento y fatigado á la campiña que rodeaba el agreste cerro que se hallaba defendido por considerables fuerzas; pero tampoco encontró en ella el agua deseada. Era ya de noche; y las tropas, sin haber tomado aliento y llenas de sed, acamparon bajo una espesa arboleda de moreras, que se hallaba próxima al peñon. Los indios que guarnecian el cerro fortificado, al ver á los españoles, empezaron á lanzar horribles alaridos y á disparar una incesante lluvia de flechas sobre algunos arcabuceros que, antes de ocultarse por completo la luz del sol, habian emprendido la subida para reconocer el terreno. Al quedar envuelta en sombras la tierra, los soldados se tendieron en la arboleda, para olvidar en el sueño sus padecimientos. Pero era imposible que llegasen á dormirse. Los gritos de los indios, y el ruido producido por los caracoles marinos y los insonoros instrumentos bélicos que sin cesar tocaban, tenian en continua alarma á las

tropas expedicionarias. Fué una noche de terribles padecimientos para Cortés y sus compañeros de armas, pues á las imperiosas necesidades del agua y de la falta de víveres, se agregaba la fatiga de permanecer en vela (1).

El general español, persuadido por su razon que no podia existir pueblo donde no hubiese fuente, rio ó pozo, destacó á varios soldados de caballería con algunos infantes, y al fin tuvieron la dicha de encontrar un manantial que, aunque poco abundante, calmó la devoradora sed del ejército.

Al brillar la luz del siguiente dia, Hernan Cortés, acompañado de varios capitanes, armados todos de rodela, y seguido de sus soldados, se aproximó al peñon para hacer un reconocimiento. La posicion era no menos fuerte que la que no se pudo tomar el dia anterior. El monte tenia dos peñas dominantes, donde se encontraba la gente mas granada del ejército indio. Al ver que los españoles se dirigian á la parte del centro, creyeron que el reconocimiento era un ataque formal que se emprendia por aquel punto, y abandonando los dos puntos dominantes, acudieron todos en defensa del sitio que juzgaban amenazado. El general castellano, al notar aquel movimiento del enemigo, comprendió todo el provecho que podia sacar de él para alcanzar la victoria. Inmediatamente mandó á

(1) «Adonde pasamos harto trabajo y necesidad, porque tampoco fallamos agua, ni en todo aquel dia la habiamos habido nosotros ni los caballos; y así nos estuvimos aquella noche oyendo hacer á los enemigos mucho estruendo de atabales y bocinas y gritos.» (Tercera carta de Cortés.) «Y aquella noche dormimos en aquellos morales bien muertos de sed.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

uno de sus capitanes que, con una fuerza de escopeteros y ballesteros, se dirigiese á una de las peñas dominantes, mientras él atacaba por el centro, llamando la atención de todo el ejército contrario. El capitán partió con su gente hácia el sitio que se había señalado, y Hernán Cortés empezó á subir el cerro, atacando por la parte del centro. Los defensores, sin advertir el movimiento del oficial que se dirigía por el otro lado, se presentaron en la parte amenazada por el jefe castellano, resueltos á disputarle el paso, arrojando enormes peñas, que caían rodando hasta la base de la montaña con espantoso ruido. Peligroso era el asalto por la dificultad de la subida, y la vida del general y de los que le seguían, se hallaba en inminente peligro. En los momentos más críticos, cuando los defensores se preparaban á lanzar sobre los asaltantes nuevos peñascos, se vió tremolar sobre la eminencia de la peña que dominaba el cerro, la bandera de Castilla. Los indios, viéndose acometidos por dos lados, y sufriendo las mortíferas descargas lanzadas por los arcabuceros que acababan de ocupar la altura, hicieron una señal de que se rendían, y colocaron las armas en el suelo. Hernán Cortés mandó que no se les hiciese daño ninguno, y les trató con las consideraciones que acostumbraba y que le hacían ganar el aprecio de los nativos. Esta noble conducta del general español cautivó á los vencidos, y dió por resultado, que los guerreros del peñón que no pudo ser tomado el día anterior, al saber por los que se habían rendido, la humanitaria conducta observada por el caudillo castellano, se presentasen á él, solicitando la paz.

El ejército, después de haber permanecido dos días en

la aldea situada casi al pié del alto peñón, continuó su marcha hácia la pintoresca ciudad de Huastepec, la misma de que vimos apoderarse á Gonzalo de Sandoval, cuando fué en auxilio de los de Chalco, y cuyo notable jardín dejé descrito, al hablar de la toma de la plaza.

Hernán Cortés fué recibido con marcadas manifestaciones de aprecio por el cacique, y se alojó en el espacioso palacio, situado en la deliciosa huerta de que había oído hacer, á los oficiales que la conocían, extraordinarios elogios. No quedó él menos cautivado de la belleza del florífero pensil que le habían descrito. La pintura que hace de la hermosura y amenidad de aquel sitio de recreo, en su tercera carta al emperador Carlos V, revela que produjo en su alma una grata impresión. Deseando gozar con la vista de las flores, de los árboles y de las preciosas plantas que enriquecían el inmenso jardín, salió á dar un paseo por él, con el tesorero Julian de Alderete. Sorprendidos ambos del buen orden y gusto que reinaba en aquella mansión, que parecía estar bajo la vigilancia de la misma Flora, convinieron en que no existía jardín en Castilla que superase en belleza al que tenían á la vista (1).

Al siguiente día continuó su marcha el ejército, por la escabrosa cadena de montañas, cruzadas de precipicios y de profundas barrancas, en que los ginetes se veían precisados, con frecuencia, á bajar de los corceles, llevándolos

(1) «Adonde estaba la huerta que he dicho que es la mejor que había visto en toda mi vida, y así lo torno á decir; que Cortés y el tesorero Alderete desde entonces la vieron y pasearon algo della, se admiraron, y dijeron que mejor cosa de huerta no habían visto en Castilla.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

de la rienda. El camino fué presentándose mejor, á medida que se avanzaba. De repente se dejó ver á la vista de los españoles, una hermosa ciudad, con numerosos escuadrones de guerreros, dispuestos al combate. La poblacion se llama Iauh-tepec, hoy Yautepec, que ostentaba elevados *teocallis* y hermosos edificios. Hernan Cortés, dispuesto siempre para la lucha, siguió avanzando. Las tropas de la ciudad, cambiando de resolucion, abandonaron el pueblo, huyendo precipitadamente cuando tuvieron cerca á sus contrarios. El general castellano, sin detenerse en la poblacion, siguió con treinta ginetes, el alcance de los fugitivos, por espacio de dos leguas, penetrando tras ellos en la villa de Xiuhtepec, dejando tendidos á muchos de ellos en el campo.

Sorprendidos los habitantes de la poblacion de la inesperada llegada de los castellanos, se pusieron en precipitada fuga, disparando algunas flechas, y dirigiéndose á los montes, para molestar los flancos y retaguardia de sus contrarios. Entregados algunos edificios á las llamas, el ejército continuó su camino, sin encontrar oposicion ninguna.

Pronto empezaron las tropas á bajar la pendiente y escabrosa falda de la cadena de montañas que habian cruzado penosamente. El aspecto del pais iba cambiando notablemente á medida que descendian. La tierra se presentaba mas exhuberante y los rayos solares mas abrasadores.

Despues de nueve dias de marcha, el ejército llegó al frente de la hermosa ciudad de Quauhnahuac, llamada Cuernavaca por los españoles, que es el nombre que lleva

actualmente (1). Era la capital de la nacion Tlahuica, situada en la parte meridional de la cordillera de Guichilaque, á una altura de cinco mil piés sobre el nivel del mar, y con un clima templado y delicioso, que puede considerarse como una constante primavera. Cuernavaca era feudataria de la corona de Méjico; y dentro de sus fuertes murallas se encontraba, en los instantes en que Hernan Cortés se dirigia hácia sus puertas, una fuerte guarnicion de tropas mejicanas. Distaba de la corte del imperio azteca, diez leguas al Sur, y se consideraba como una de las mas ricas y florecientes. Era una ciudad fuerte por su posicion y por el arte. La circundaban, por un lado, escarpadas montañas, y por el otro imponentes barrancas de mas de veinte varas de profundidad algunas, excepto por una parte que daba á un fertil llano, con esmero cultivado (2). Para entrar á la ciudad habia algunos toscos puentes de madera; pero en aquel momento estaban levantados.

Los españoles, al aproximarse á la plaza, se encontraron detenidos por una de las expresadas barrancas, que era sin duda la mas ancha y profunda. A juzgar por el aspecto que presentaba, es de presumirse que fuese una de esas hendiduras hechas por algunos terribles sacudimientos de tierra. Las despedazadas rocas de Tepostlan, que se encuentran á corta distancia, convencen de que la

(1) Quauhnahuac, ha sido el nombre mas adulterado. Cortés le llama Coadnabaced: Bernal Diaz, Cuadabaca y Solís, Cuatlabaca.

(2) «Y era tan fuerte el pueblo y cerrado de tantos cerros y barrancas, que algunos habia de diez estados de hondura.»—Tercera carta de Cortés.

pintoresca region de Cuernavaca sufrió, en época remota, notables terremotos. Los lados de la barranca presentaban una aridez severa, mientras la parte baja se encontraba vestida de una vegetacion vigorosa. Un riachuelo de corto caudal, que nacia en el profundo seno de las montañas, corria suavemente por el fondo, dejando ver sus limpias aguas al través de la enramada que se cruzaba de un lado al otro.

Hernan Cortés y sus soldados, viendo cortado el paso á su marcha por la imponente barranca, se quedaron sorprendidos en la orilla, una lluvia de piedras y de flechas lanzaron sobre ellos los defensores de la plaza, acompañada de espantosos alaridos de guerra. Los castellanos correspondieron al saludo hostil, disparando sus arcabuces y ballestas; pero sus tiros eran inútiles, pues iban á dar en la fuerte muralla que cubria á la guarnicion mejicana. Intentar apoderarse de la ciudad sin contar con los puentes necesarios para acercarse á sus puertas, hubiera sido marchar á una muerte segura. Los defensores de la plaza, dice el general español, se hallaban á salvo de recibir daño ninguno, y aun cuando las fuerzas españolas hubieran sido diez veces mayores de lo que realmente eran, nada hubieran alcanzado (1).

Detenido el ejército expedicionario al borde de la barranca, recibiendo continuas descargas de la numerosa guarnicion, buscaba con la vista un punto que presentase paso menos peligroso para penetrar en la ciudad; pero nada

(1) «Y estaban tan fuertes y tan á su salvo, que aunque fuésemos diez veces mas, no nos tuvieran en nada.»—Tercera carta de Cortés.

descubria favorable. Hernan Cortés al encontrarse en aquella posicion crítica, destacó algunas fuerzas de infantería y caballería, para que viesen si habia algun punto por donde pudiera pasarse á la ciudad. Mientras las tropas destacadas buscaban el paso anhelado, un guerrero tlaxcalteca se detuvo á examinar uno en que nadie se habia fijado, aunque lo habian visto. Crecian en las opuestas orillas de la barranca dos robustos árboles, uno frente al otro, que, inclinándose hácia el precipicio, habian llegado á unir sus ramas, formando un elevado arco. El indio tlaxcalteca, dotado de osadía y de viva imaginacion, calculó que el oscilante arco podia servir de camino aéreo, y sin detenerse ante el peligro, emprendió el paso, agarrado de las ramas, logrando pasar al opuesto lado. Pronto los soldados españoles que lo notaron, corrieron á ejecutar lo mismo, aunque la empresa para ellos era mucho mas difícil, por el enorme peso de las armas. El paso era peligroso, pues el mas leve descuido, un ligero desvanecimiento bastaba para que, faltando el frágil apoyo del movable ramaje, cayera el que pasaba á la profundidad de la barranca. Tres soldados españoles, cediendo las ramas al peso de sus cuerpos, cayeron al fondo del abismo. Pero esto no intimidaba á sus compañeros. Bernal Diaz del Castillo, que buscaba los sitios mas comprometidos, pasó tras ellos, y poco despues cruzaron otros treinta castellanos mas y no pocos tlaxcaltecas. El paso era imponente; y el bravo veterano historiador, manifiesta con su acostumbrada franqueza, que cuando lo cruzaba, le pareció «muy peligroso» (1). Entretenidos los defensores

(1) «Y puesto que cayeron tres soldados desde los árboles abajo... todavía

de la plaza en lanzar sus armas arrojadas sobre las tropas que habian quedado en el punto primero en que se presentaron, y en observar los movimientos de Cortés, que al frente de la caballería buscaba un sitio por donde entrar á la ciudad, no vieron que por otra parte se aproximaban sus contrarios á la muralla (1).

Reunidos los españoles y tlaxcaltecas que habian pasado, penetraron por aquel punto en la ciudad, y se lanzaron, descargando terribles estocadas, sobre los aztecas. Sorprendidos éstos de verse atacados por la espalda, cuando mas empeñados se hallaban en combatir á los contrarios que tenian á su frente, se desordenaron, creyendo que tenian encima á todo el ejército enemigo. En

pasamos, aunque con harto peligro, porque de mí digo, que verdaderamente cuando pasaba que lo ví muy peligroso ó malo de pasar, y se me desvanecía la cabeza, y todavía pasé yo y otros veinte ó treinta y muchos tlaxcaltecas.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) Solís pinta el hecho de manera muy distinta. Pone á Bernal Díaz del Castillo como al primero que concibió la idea y pasó por los árboles. Lejos el valiente veterano de atribuirse la gloria que le concede Solís, dice claramente, que otros pasaron antes, pues no manifiestan otra cosa las palabras que dejó puestas en la nota anterior, donde asegura que, á pesar de haber caído tres soldados, á los cuales habian precedido otros que cruzaron felizmente, «todavía pasamos.» Que fué un indio tlaxcalteca el primero que tuvo el pensamiento y el primero tambien en pasar, se ve en lo que dice Cortés, asegurando que un indio de Tlaxcala pasó, sin ser visto, por aquel punto peligroso. En seguida añade; «y tres ó cuatro mancebos criados míos, y otros dos de una capitania, como vieron pasar al indio, siguiéronle y pasaron á la otra parte.» Hablando del ataque á la expresada ciudad de Cuernavaca, trae Solís otra noticia que no está de acuerdo con lo que traen Cortés ni Bernal Díaz. Dice que el general español «discurrió formar dos ó tres puentes de árboles enteros que crecian á la orilla, cortándoles el pié, dejándoles caer á la otra orilla, y unidos lo mejor que fué posible, dieron bastante, aunque peligroso camino á la infantería.» Hernan Cortés, lejos de decir que habia formado esos puentes, asegura que se encaminó con los ginetes hácia la sierra, para buscar entrada al pueblo.

aquellos momentos se presentaron lanceando y atropellando con sus corceles Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Andrés de Tapia, con otros ginetes que habian pasado, con inminente peligro de sus vidas, por un puente quebrado. El terror se apoderó de los defensores de la plaza al verse acometidos por diversas partes, y aunque resistieron, como valientes que eran, por algunos momentos, se vieron precisados á emprender la fuga. Perseguidos de cerca por la caballería, y acosados por la infantería y las tropas aliadas, abandonaron precipitadamente la ciudad y se refugiaron en las montañas. Los asaltantes incendiaron varios edificios y se lanzaron al saqueo. Era la poblacion mas opulenta de la provincia, y el botin fué por lo mismo rico y abundante, consistiendo casi todo, en telas de algodón.

Hernan Cortés, que llegó poco despues con el resto de la caballería, eligió para alojamiento de su tropa, el vasto edificio del señor de la ciudad, que estaba en el centro de una hermosa huerta, cubierta de flores y de árboles frutales.

Temerosos los caciques de que los persiguiesen en las montañas, y juzgando que era imposible resistir á los que se habian apoderado de una poblacion que se tenia por inexpugnable, regresaron á la ciudad cinco horas despues de haber sido tomada. Sumisos y atentos se presentaron al general español, y se disculparon de la resistencia hecha, diciendo que los mejicanos les habian obligado á ello. Hecha esta declaracion, ofrecieron ser en lo sucesivo fieles vasallos del monarca de Castilla.

Hernan Cortés les dió las gracias por su union contra el